

CAPITULO XXI

1876

Tan improducente resultó el famoso acuerdo de 2 de Setiembre anterior sobre protección á las artes teatrales, que precisamente en esos días en que tan agitados andaban los espíritus con lo ocurrido al autor de *Martirios del Pueblo*, dió el Conservatorio una función lírico-dramática, la noche del 2 de Mayo de 1876, en su bonito teatro, en la cual, después de ocho números musicales, se representó el juguete cómico *Como el pez en el agua*, desempeñado por Concha Padilla y Enrique Guasp. En nueve meses de la fecha del tal acuerdo, la cátedra de Declamación, creada por D. Sebastián, no había producido sin duda ni un mediano discípulo, puesto que el Conservatorio necesitaba ocurrir al primer actor y á la primera actriz de un teatro público para dar una representación en la elegante escena de la ex-Universidad. En ello ninguna culpa tuvo ciertamente Enrique Guasp á quien más de una vez vimos dar notabilísimas lecciones de declamación á elegantes aficionados capaces de aprovecharlas y seguirlas; el mal estuvo en el plan mismo del ponderado acuerdo de 2 de Setiembre, pues era de todo punto imposible que el director y primer actor de un teatro público y en plena actividad, y obligado á estudiar y á poner en escena cuantas comedias nuevas se le presentasen, pudiese tener tiempo para dar cátedra de declamación á pobres alumnos no ya digo sin genio artístico, sino sin siquiera medianas disposiciones. Para justificar el cobro, (que no siempre pudo conseguir), de la exigua subvención de los trescientos pesos mensuales, el simpático actor español dió en la noche del 7 del citado Mayo, una nueva pieza del autor dramático á la moda, José Peón Contreras, intitulada *La Hija del Rey*, disponiendo de acuerdo con la Sociedad "Alarcón" opuesta á la de "Gorostiza," una entusiasta ovación al distinguido poeta. "Los amigos del Sr. Peón Contreras—dice el *Monitor*—dispusieron regalarle una pluma de oro y una corona, manifestación sincera de cariño, á la que se unieron multitud de personas que tienen simpatías por el autor de *La Hija del Rey*. El teatro estaba concurridísimo, las bandas de música tocaban á porfía: sólo el adorno estaba desgraciado, y más bien parecía en toda su plenitud la Alberca Pane en día de festividad de nadadores, y es que meterse á

"adornar ese jacalón equivale á cubrir de cintas y colgajos á una vieja. Grande fué el entusiasmo, nutridos los aplausos, entusiastas las manifestaciones que recibió Peón Contreras; mas le faltaba el suplicio de la ceremonia. Levantóse, después de una espera de dos horas, el telón: los actores, vestidos de trusa; los pajes, dueñas, rorigones y monjas; las damas con sus trajes del siglo XVI, y varios individuos con arreos del siglo XIX, formaban un conjunto abigarrado, haciéndose notar el matado en el drama, vivo, bueno y rollizo, empuñando una bandera que venía tan en armonía con los trajes de Felipe II, como si á Hernán Cortés se le plantase un frac de Madaleno y Gardoqui. Sospechamos que en esta clase de ceremonias serían más oportunos los trajes de sala; por lo menos, esa es la exigencia de la moda.

"No era todo ese espectáculo de Circo Olímpico; faltaba el amargo cáliz de los discursos improvisados con ocho días de anticipación. No mentaremos nombres: un orador salió como deslumbrado por la concurrencia, contúvosele la respiración, pronunció algunas palabras y acabó cuando él mismo no lo esperaba. El público comenzó á fatigarse con el principio del fiasco, cuando apareció otro orador que después del primer arranque, se daba el placer de entreactos de cinco minutos, pero no entre frase y frase, ni entre palabra y palabra, sino entre sílaba y sílaba, trayendo á nuestros recuerdos al poeta de *El Barón de la Castaña*. Habló en seguida de la salud de sus amistades, de cómo seguían de sus enfermedades, olvidándose con estas preocupaciones de amistad del Sr. Peón Contreras, que sudaba tinta ante la tormenta que levantaba el público. Continuó el orador explicando un sistema solar, fijándose en el sol de Mayo y olvidando el de Junio y Julio, que tienen su mérito; ocupóse en seguida de Yucatán. En esta cuestión de familia no queremos meternos por ser delicadísima, concluyendo el orador con un párrafo de gacetilla sobre ladrones y plagiarios, y con arrojar al autor unos laureles que llevaba en una charola, y colocados sobre un cojincito de raso azul muy bonito Peón tomó la corona, la pluma y los laureles y dió gracias, en el fondo del alma, de que la ceremonia se hubiese terminado."

En uno de los breves descansos que á la Empresa daba el fecundísimo poeta yucateco, el Teatro Principal puso en escena en la noche del 18 un nuevo drama del inspirado y aplaudido autor de *Los Maurel*, el notable periodista y orador Roberto Esteva. No puedo, pues vuelvo á repetir que en esa época no me encontraba yo en la República, asentár aquí impresiones y críticas propias, buenas ó malas, y para llenar este vacío, continúo, como hasta aquí, sirviéndome de las impresiones y críticas de *El Monitor Republicano*, que me ha parecido el mejor informado y el más imparcial de los periódicos de esos días.

Según dicho periódico, la nueva obra de Roberto Esteva, que la llamó *El hombre adúltero*, tenía un asunto semejante á la muy célebre de Girardin, *El suplicio de una mujer*, y estaba tratado con talento, aunque con alguna inexperiencia, y una vez que su autor corrigiese algunos ligeros defectos, la producción resultaría muy digna de su predecesora *Los Maurel*: por entonces y en esa noche, *El hombre adúltero* no gustó.

Según el mismo *Monitor*, tampoco fué más afortunado el nuevo drama de Peón Contreras, estrenado á mediados de Junio, con el título de *Un amor de Hernán Cortés*, de cuya obra dice el cronista en número del 18 de ese mes: "A pesar de lo bien prevenido que el público está para el autor que tan buen éxito ha tenido en sus anteriores dramas, recibió con frialdad este último, que, no obstante tener una bellísima versificación, adolece de grandes defectos. Además de estar adulterada la verdad histórica, gravísimo defecto en un drama de esta especie, el argumento, desprovisto de trama, es muy débil; tan sólo le sostienen los hermosos versos, con que el autor logró salvarse y arrancar aplausos. Creemos, como otras personas que han juzgado del drama, que sus defectos provienen de la rapidez con que el autor produce obras, sin embargo de lo cual, el Sr. Peón cada día revela más genio y más acertadas ideas."

Temiendo el autor que éstas y otras más acres censuras fuesen en parte dictadas por pasiones que no podían traducirse como hijas de noble emulación, ó que en ella influyese la ofensa hecha á los escritores mexicanos por la demasiado franca claridad con que Guasp hizo constar en un documento impreso que las varias obras que para su representación se le habían remitido, no tenían méritos para alcanzar ese honor, Peón Contreras convino con el Director del Principal en dar una nueva comedia ó drama bajo el más riguroso incógnito. Para la función de la noche del 6 de Julio, los programas anunciaron el drama social *Luchas de honra y amor*, de autor no conocido. Como el público ignoraba las tramas y convenios de Peón y de Guasp, la curiosidad se excitó grandemente, y — habla *El Monitor* — "ya unos decían que el drama era de Vigil, otros de Altamirano, otros de Rivas, sin que nadie atinase con la verdad. Pero siempre Peón se hará reconocer por sus hermosos versos, por sus actos sumamente cortos y por su trama, bien arreglada, pero pequeña; por esto á la mitad del segundo acto para nadie era un misterio que el drama pertenecía al popular dramaturgo. En esta vez ha vuelto á hacerse notar la rapidez con que el autor trabaja sus dramas, y sus defectos están diciendo que el Sr. Peón necesita corregir su hermosa obra.

"Por otra parte, el problema social no está sino indicado, y ni se desenvuelve ni se resuelve sino de una manera muy violenta: las situaciones están casi únicamente diseñadas en todos los dramas de

Peón, quien hasta ahora nos ha presentado bellísimos bocetos, pero no buenos cuadros." En resumen, *Luchas de honra y amor* fué drama que no agradó como había agradado la generalidad de los dramas caballerescos de Peón Contreras representados hasta entonces.

Mas apresuremos nuestra narración antes de dar al traste con la paciencia de los lectores. En 12 de Marzo Moreno y Villalonga en Arbeu estrenaron la linda opereta *El primer día feliz*, en la que estuvieron encantadoras Cristina Corro en traje de sacerdotisa india y Matilde Montañés de amazona. En Nuevo México fué muy aplaudido el drama *Misterios de la vida*, del poeta mexicano Antonio Zavala, y el 14 se repitió con mucho éxito el arreglo escénico de *Los Miserables*, debido á Juan Mateos. El mismo día, en el Principal y en uno de los papeles del *Suplicio de una mujer*, se distinguió la pequeña actriz Berta Alonso, muy bella y revelando notables disposiciones para la escena. El 22 la "Sociedad Alianza," puso en Arbeu *Flor de un día*, muy felizmente interpretada por Carlos Escudero, Luz Urbina, Gabriela Peralta, María Argumosa y Carolina Poulet. En la tarde y noche del domingo anterior Amalia Gómez, retirada hacía algún tiempo de las tablas, anunció en el Nacional *La Gran Duquesa*, con la cual se despediría del público antes de salir para Europa: la tan aplaudida actriz casi tuvo vacío el teatro, lo cual impidió que fuese silbado el atroz desempeño de la obra famosísima, en la que Rosa Méndez tuvo á su cargo el papel de *Wanda*. Bien es verdad que la cosa no estaba para lujos ni para esperar que el público se animase, pues los ánimos y los bolsillos andaban mal, como que los empleados estaban sujetos á cuarta parte de sueldo, y tiempo les faltaba para hacer viajes á las casas de empeño, y los rencores gubernamentales habían llegado al extremo de que el Lic. D. Luis G. de la Sierra tuvo que esconderse para salvarse de la persecución que sobre él se desató por haberse atrevido á defender ante el Jurado á un hombre que mató al *guarda de policía* que quiso tomarle de leva; sobre esto escribió una sentida y enérgica carta la Srita. Virginia de la Sierra, hija del perseguido, remitiéndola para su publicación al artista distinguidísimo José M. Villasana, editor de *El Ahuizote*. Otra función notable de la "Sociedad Alianza," fué la que en 12 de Junio dió en Hidalgo, con la hermosa comedia *Del dicho al hecho*, á beneficio de Alberto Bianchi, que continuaba encerrado en Belem, en castigo de haber escrito sus *Martirios del Pueblo*. El 18 hizo un fiasco redondo en Arbeu *El tributo de las cien doncellas*, obra francesa bufa, de escabroso é indecente argumento: en cambio gustaron en extremo las zarzuelas *El alma en un hilo*, muy bien interpretada por Yañez y Castro, y la llamada *Los hijos de la Costa*, con tan agradable música como aquella.

En otro genero de *espectáculos* no debo dejar sin cita el que de su persona dió el funesto á España D. Carlos de Borbón, que obligado

á salir del Norte de la Península, después de haberla ensangrentado durante cuatro años en competencia con los intitulados *cantonaes*, tuvo la ocurrencia de presentarse en México, ignórase con qué fines y propósitos.

De mediados de Mayo á fines de Junio el titulado Rey entre los suyos, llamó la atención de México en teatros, paseos y tertulias, logrando, por una incomprensible aberración del buen sentido mexicano, hacerse de moda y ser objeto de mil y un festejos. Como mi firme cariño á este país, no me permite calificar esa conducta con un personaje tan horriblemente dañino para la madre patria, en la que fui testigo de los atroces procederes de ese jefe del más espantoso y bárbaro retroceso, me contraigo aquí á copiar de *El Monitor* lo que sigue: "La sociedad mexicana, curiosa como todas las sociedades cultas, ha hecho de moda al descendiente de los Borbones que hoy reside entre nosotros, pero en algunas de sus demostraciones parte de esa sociedad ha pasado los límites de la conveniencia. Cuando yo veo por las tardes esa reunión de necios que se agolpa á las puertas del Hotel de Iturbide al salir el Sr. Borbón; cuando veo allí tantos mendigos y tantos estúpidos, casi me avergüenzo, porque se me figura que nuestro huésped va á creer que se encuentra en un país de mentecatos y de pordioseros. . . . Cuando veo esa multitud que al tránsito del viajero se apiña en los teatros y en el paseo, me ruborizo pensando en la pobre opinión que podrá formarse de México ese caballero, á no reflexionar quiénes son esos que le miran como á un objeto raro, esos que imploran su caridad con tan humillante modo, y cuál la población verdaderamente ilustrada de este país tan digno de mejor suerte."

Para colmo de lo estupendo, los principales republicanos, los más francos liberales, el Presidente de la República D. Sebastián Lerdo de Tejada al frente, hacían y se dejaban hacer visitas por aquel personaje, y nuestro querido amigo Ignacio Manuel Altamirano, el maestro que con su ejemplo nos había afirmado en nuestro amor al sistema liberal republicano, se convirtió en *cicerone* y en compañero de todas horas del hombre más antirrepublicano y antiliberal que en el mundo ha existido. Conducta tan extraña llamó la atención de los periódicos conservadores de México, y les hizo verter especies que dictaron á D. Enrique Chávarri, en *El Monitor*, las siguientes enérgicas censuras y protestas: "Las atenciones y obsequios al Sr. Borbón empiezan á tomar otro rumbo muy diverso del de simple galantería, y con esa causa un periódico retrógrado insulta á nuestra sociedad, acusándola de que ha corrido á arrojarse á las plantas de una persona que él llama *Rey*, y he pensado en seguida que la presencia de D. Carlos comienza á tomar extraña significación. *La Voz de Méjico* se ha dejado decir que los republicanos se inclinan y humillan al

paso de ese señor. Poco caso hacemos de esa calumnia, tan ruin y tan villana como todo lo que estampa el periódico retrógrado. Ha dicho también que la sociedad mexicana ha permitido que *el príncipe* se tome en todas partes el primer lugar. Sea de ello lo que fuere, su permanencia en las reuniones va tomando cierta significación ajena á nuestras costumbres republicanas.

"Los conservadores son los que cediendo á una alucinación insensata, han soñado, en presencia del Borbón, con despertar á los poquísimos partidarios de la monarquía que aun quedan entre nosotros como *moscas desveladas*: ellos son los que se han dado el consuelo de recibir á nuestros huésped *bajo palio* en Santa Brígida, y de ponerle á cada lado un monigote á modo de chambelán. Ellos son los que en un convite hicieron decir á D. José Joaquín Terrazas una poesía que comenzaba así:

"A. S. M. EL REY,

CARLOS VII DE ESPAÑA.

—
"¡Saludo al Rey! al Rey cuya diadema
ni opaca miro, ni en pedazos rota,
épico Rey, que en su grandeza extrema. . . .

.....
"Yo, bardo oscuro, en tí la vista fija,
cuando allá, tras el Atlántico luchabas,
tuve con ansia insólita y prolija,
siguiendo el paso á tus legiones bravas;
y el poderoso estímulo que aguija
de la distancia quebrantar las trabas
me impulsaba á la orilla que el mar bate,
á sorprender el eco del combate.

.....
"Mas cuando al enemigo te presentas,
como el sacre á las tórtolas ahuyentas.

.....
"Tú has derramado sangre; mas ¿qué importa
si de ella limpio estás dentro del pecho,
si al monstruo horrendo que impiedad aborta
has hundido en las iras del despecho?

.....
"Primer Borbón que pisa el continente
que el grande genovés mostrara á España,

y que llevando en ti prestigio ingente
 igualas el alcázar y cabafia;
 México al albergarte dicha siente,
 en nueva luz el sol su frente baña,
 y en son acorde sus opuestos mares
 alzan sublimes épicos cantares.”

La muestra no tenía, á la verdad, nada de épico, y en cuanto á la verdad histórica, Chávarri observó con razón que “la presencia del viajero en México no probaba que las *tórtolas* alfonsinas hubieran sido ahuyentadas por el *sacre* carlista.”

La Voz publicó también otro brindis pronunciado en el mismo banquete, que terminaba así:—“Que vivan por muchos años felices Sus Majestades D. Carlos VII de Borbón y de Este y D.^a Margarita de Borbón y Borbón:—Que viva España conservando su unidad católica y gobernándola su legítimo Rey:—Qué viva la libertad, sí, señores, la libertad cristiana, porque según San Pablo, allí donde está el espíritu de Dios, allí está la verdadera libertad.”

Aquel ridículo sainete concluyó con una estrambótica carta fechada en 22 de Junio y dirigida á Altamirano, en que el *pretendiente* se daba el título de *Rey legítimo de España* y se despedía de México muy agradecido á la cordial acogida que aquí se le dispensó.

El sábado 15 de Julio, en el Gran Teatro Nacional, y con el drama en cuatro actos *María Juana ó las dos madres*, y la pieza *Esos son otros López*, hizo su presentación en México la distinguida actriz española María Rodríguez, con entusiasta y merecido aplauso. Bella, inteligente é inspirada, supo en nuestro primer teatro conquistarse las simpatías y la admiración del público, como se las conquistó en el Teatro del Príncipe ó Español de Madrid de 1853 á 1857, trabajando como primera dama al lado de la inmensamente grande actriz Teodora Lamadrid, y de los eminentes actores Joaquín Arjona, Julián Romea y Antonio Guzmán.

En esa noche alcanzó aplausos y ovaciones que se repitieron, siempre con el mismo entusiasmo, en *Los Soldados de Plomo*, en *L'Hereu*, en *El Ramo de Flores*, en *No la hagas y no la temas*, en *El tejado de vidrio*, en *Angela*, en *La Campana de la Almudaina*, en *La bola de nieve*, en *Marcela ó cuál de los tres*, en *La Piedra de Toque*, en *Romper cadenas*, en *Sor Teresa*, en *María Antonieta*, en *Adriana Lecouvreur*, en cuantas obras malas y buenas, antiguas y modernas, de costumbres ó de época, serias ó jocosas tomó parte la estimable actriz, por algunos llamada la *Ristori española*. Su Compañía, bastante débil, aunque no más que la del Principal, que no contaba con una actriz de los tamaños artísticos de la Rodríguez, la formaban, entre otros de menor valer, Galza, Baladía, Muñoz, la Amat, Estrada, y Palome-

ra, con los cuales dió, además de las citadas obras, las comedias de espectáculo *El Anillo del Diablo*, estrenada el martes 1.^o de Agosto; *La Almoneda del Diablo* y *La Hija del Mar*, en cuatro actos y veintiséis cuadros, cuyas decoraciones, obra del excelente escenógrafo Jesús Herrera, gustaron mucho.

Los partidarios del Principal, y sentimos que la imparcialidad por la cual nos guiamos nos obligue á decirlo, declararon una guerra poco caballerosa á la distinguidísima actriz María Rodríguez, cuyo innegable talento había sido consagrado en el Teatro Español de Madrid en una temporada de cinco años, consagración única de verdadera importancia para artistas de esa nacionalidad, mérito que ninguno de sus malquerientes podía negar, y menos aún alegar que á su vez le poseyesen. Ignoro quién induciría á ello al distinguido artista Enrique Guasp, á quien conozco lo bastante para poder afirmar que en su recto corazón no tienen cabida las pasiones innobles. Pero lo cierto es que débiles complacencias le indujeron á permitir que en sus programas, y á propósito de las representaciones de *L'Hereu*, se tratase de sublevar el espíritu patriótico contra la actriz española, en favor de la actriz mexicana Concepción Padilla, que en el Principal desempeñaba el mismo papel que aquella en el Nacional, en la obra susodicha. Afortunadamente, el buen sentido del público no cayó en tan torpe red, y la prensa se puso en lo justo, diciendo *El Monitor* lo que sigue: “Sabido es que Guasp y su Compañía quieren rivalizar con la Rodríguez: pues bien, mirando que la gran artista del Nacional ha sobresalido en *L'Hereu*, el Principal le anunció á su vez, al mismo tiempo que, no se sabe quién, circulaba el rumor de que la Compañía del de Vergara había preparado una silba á la actriz mexicana. El rumor resultó una calumnia y el público aplaudió el mérito de Concha, porque la verdad es *que aunque no llega á la altura de la Rodríguez, la apreciable actriz del Principal tiene méritos que nos complacemos en reconocer*. La Srta. Padilla no tiene, por supuesto, la culpa de ello; pero debe decirles á los que redactan los programas, que por Dios no la quieran tanto ó la quieran con talento.”

María Rodríguez tuvo bastante grandeza de alma para no darse por ofendida de tales pequeñeces, y atenta sólo á corresponder al afecto de su público, más inteligente que numeroso, no sólo puso todo su empeño en interpretar dramas y comedias de su repertorio con exquisita perfección, sino que sin hacer gala de ello, acogió y representó en su breve temporada de dos abonos, cinco producciones de escritores del país ó residentes en él. Fué una de éstas el drama social en tres actos y en prosa, escrito por Agustín F. Cuenca con el título de *La Cadena de Hierro*, estrenado en la noche del domingo 20 de Agosto, en la tercera función del segundo abono.

La obra fué de la completa aprobación del público, que dispensó

á Cuenca una entusiasta y muy merecida ovación, apoyada y confirmada con los elogios unánimes de la prensa imparcial é ilustrada. Siete días después, la misma Compañía de la Rodríguez estrenó el drama en tres actos y en verso, *Luisa Sigea*, de que fué autor el distinguido literato y periodista Ildefonso Estrada y Zenea, galano y fácil versificador. En la noche del 3 de Setiembre, la obra del escritor mexicano representada por María Rodríguez, fué el drama en un acto y en verso, *Un epílogo de amor*, debido al inspirado y dulcísimo y popular poeta, honor del Parnaso nacional, Juan de Dios Peza, que fué magníficamente recibido como todo lo que su ingenio produce para recreo de cuantos le aman, que son cuantos sin envidia y sin predisposición leen sus bellas y sentidas poesías, reproducidas cual ningunas de otros autores, en multitud de ediciones americanas y europeas.

Pero donde mejor pudieron apreciarse las simpatías alcanzadas en México por la actriz española, fué en su función de beneficio, habida en la noche del martes 27 de Setiembre. En su descripción cede la palabra al *Siglo XIX*, que publicó acerca de ese suceso teatral una extensa crónica de cuatro columnas, que extracto ó copio en lo que sigue:

“Bella, instruída, inteligente y sensible, múltiples son las fases del talento de María Rodríguez; admirable la docilidad de su voz á todas las inflexiones de la pasión; maravilloso el poder de su gesto dramático, obediente á las conmociones que la estremecen y á la inspiración que la agita. En la comedia es la visión juvenil y encantadora, aérea, fugitiva, de dulcísimo acento y de expresiva mirada, que ríe bulliciosa y llora coquetamente, y riendo y llorando seduce y enamora. En la tragedia se inspira, y con su palabra clara, sonora, poderosa; con su actitud escultórica, su mirada llena de resplandores y su ademán imponente, da forma, calor, palpitaciones y vida, movimiento y pasión, grandeza y gloria á las más atrevidas y espléndidas creaciones dramáticas. Es entonces la ex-sacerdotisa inspirada que conmueve hasta las lágrimas, que aterra hasta el estupor, y que fanatiza hasta la locura. De ella dice Altamirano: “experimentamos una sensación grata al encontrarnos, como pocas veces nos ha sucedido, frente á frente del verdadero arte, del arte concienzudo, reflejo indudablemente de la naturaleza: la Sra. Rodríguez ha sabido encontrar el depósito del fuego sagrado.”

“También es acreedora á la gratitud del país, y pocas palabras bastarán para demostrarlo: la Sra. Rodríguez, sin que anteriormente hubiese recibido beneficio alguno, sin que las arcas del tesoro público auxiliasen sus intereses, y sin el estímulo, en consecuencia, de cumplir por deber y por dignidad el compromiso aceptado, ó mejor dicho *vendido* al Gobierno de la República, ha representado en el

transcurso de dos meses cinco obras dramáticas de autores nacionales, de las cuales tres habían sido entregadas al director del teatro subvencionado para que se pusieran en escena, y después retiradas por los motivos que se quiera suponer, excepto el de renunciar á su ejecución, puesto que así lo acredita el hecho de haber sido representadas á petición de sus autores en el Teatro Nacional, y esto lo hizo sin que los autores dejaran de disfrutar el tanto por ciento convenido. La noble señora, sin la obligación tampoco de enseñar el arte dramático, aleccionó gratuitamente al joven mexicano D. Benito David, le asignó un sueldo y le incorporó á su Compañía; y téngase entendido que en la época actual en que *se paga* para que los discípulos de declamación del Conservatorio presenten al público sus trabajos, *el único discípulo* que tal cosa ha hecho, es el mencionado joven David, que en nada ha gravado el tesoro de la nación.

“En la noche del 27, el Gran Teatro, adornado con sencilla elegancia é iluminado con profusión, contenía lo más distinguido de México; ricas familias, hombres de Estado, periodistas, literatos, formaron la concurrencia, tan numerosa como inteligente. La Sociedad *Fraternal Militar* envió al pórtico del teatro sus Bandas militares, que allí tocaron sus mejores piezas, de las seis de la tarde á las nueve de la noche.

“Al comenzar la función y presentarse María Rodríguez, estalló un nutridísimo y muy prolongado aplauso; la orquesta ejecutó el Himno Nacional; más de trescientos ramilletes cubrieron el escenario, y una lluvia de versos inundó el teatro: fué aquella ovación el saludo del entusiasmo á una reina del arte, sentido y afectuoso, que emocionó visiblemente á la superior artista, objeto de tan elocuente tributo de admiración y cariño. El desempeño de *Adriana de Lecouvreur* fué irreprochable, y la actriz estuvo arrebatadora y sublime en las más culminantes escenas. La muerte de *Adriana* fué interpretada no sólo artística sino científicamente, y el público electrizado aplaudió con locura, prorrumpió en *bravos* atronadores y llamó repetidas veces á la escena á aquella artista sublime, que empezando por conmoverle acabó por fanatizarle.

“La actriz recibió innumerables coronas y regalos de Ignacio M. Altamirano, de la Sociedad *Gorostiza*, de la Sociedad *Filarmonica*, de la Sociedad *Netzahualcóyotl*, de Ildefonso Estrada y Zenea, de la Amat, la San Martín, la Delahanty, y la Nardini, de Baladía, de los Obreros mexicanos, de Rivero, David, Quevedo, Navarrete, Peredo, Puerta, Laymón, Cuenca, Ríos, Ortiz, y otras muchas personas y corporaciones, viéndose entre los obsequios aderezos de esmeraldas, granates y perlas, filigranas de plata, fistles y mariposas de oro y piedras, medallones de esmalte, y cruces, anillos y pulseras con brillantes. La Sociedad *Gorostiza*, que la contaba entre sus miembros de mérito,